



JOJIMA, Paula: “San” Cristóbal Pérez de Herrera: pícaro. Inspiración y némesis de Mateo Alemán», Bath, Brog Dog Books and The Self-Publishing Partnership, 2016. 488 págs. ISBN: 9781785450853.

Ernesto Lucero Sánchez
IULCE-UAM

El 2 y el 16 de octubre de 1597, Mateo Alemán envió dos cartas a Cristóbal Pérez de Herrera. Desde que fueron publicadas por Edmond Cros hace ya medio siglo, se habían considerado parte de la correspondencia privada —o quizá no tanto¹— de dos buenos amigos pertenecientes a un mismo círculo de intelectuales, que comparten inquietudes y posturas muy próximas sobre posibles soluciones a algunos de los grandes problemas del reino. Sin embargo, Paula Jojima ha puesto en tela de juicio el sentido de las misivas y, a partir de una interpretación irónica, establece una lectura de signo contrario al literal —con el que, no obstante, cohabita—, que le lleva a concluir que lo que parecía afecto entre los correspondientes encubre una enemistad visceral fruto de una doble traición personal e ideológica llevada a cabo por el doctor. La respuesta de Alemán, una suerte de némesis monomaniaca², será el conjunto de su obra. Desde esta premisa la autora pretende arrojar luz sobre la motivación y sentido últimos de las dos partes del *Guzmán de Alfarache*, la tercera parte «del pícaro», que sería a su juicio la hagiografía sobre *San Antonio de Padua*³ y la *Ortografía castellana*, cierre de esta tetralogía de temática única, cuyo destinatario primordial sería el mismo interlocutor que buscaba en sus cartas, el doctor Pérez de Herrera, el

¹ Jojima aprecia, y parece sensato, que las cartas habrían circulado en un grupo selecto de lectores discretos, según ella para facilitar la interpretación del *Guzmán* (p. 282).

² Piensa la autora que la clave de la vida de Alemán es una amistad traicionada, concretamente la de Pérez de Herrera. Puede verse una interpretación psicológica de Alemán en este sentido en la p. 293.

³ Paula Jojima entiende que la voluntad de Alemán es que su *San Antonio de Padua* pase por la tercera parte de *Guzmán de Alfarache* a partir de los avatares del proceso de su publicación, pero no menciona el hecho de que pidió privilegio y se le concedió en febrero de 1605 para la «segunda y tercera parte de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana», recién publicada la segunda en Lisboa (J. Moll, «La narrativa castellana a comienzos del siglo XVII: aspectos editoriales», *Anales Cervantinos*, vol. XL, (2008), pp. 31-46. Ahora también en: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2013) y se ve obligada a explicar que la edición de la hagiografía sea anterior a la de la segunda parte mediante la hipótesis de que quería cerrar la historia a posibles continuaciones espurias.

traidor, de tal manera que estas deben concebirse como manual de lectura del resto de su obra⁴.

La propuesta es arriesgada. Demostrar que el sentido de un texto es justo el contrario del que se aparenta debe sustentarse en argumentos de peso e indicios inequívocos y abundantes; en particular, cuando se trata de una exégesis innovadora. Pero la cosa se complica cuando para sostener esta opinión se aducen también lecturas paródicas, sarcásticas o irónicas de los escritos de otros intelectuales del entorno de Pérez de Herrera, nunca antes concebidos fuera de su literalidad —que sepamos—, con la agravante de que en algunos casos el propio doctor los incorporaría en los preliminares de sus obras a modo de caballo de Troya, como un poema laudatorio de Lope de Vega —que no pasa de tópico—, el epílogo que aprueba los discursos del *Amparo de pobres* de Alonso de Barros o un escrito de Céspedes y Meneses en los *Proverbios morales*; aparte de otros de publicación independiente, como la primera carta de Vallés o el elogio a la primera parte del *Guzmán* y el *Reparo de la milicia* de Alonso de Barros.

La extensión del libro y la complejidad de los motivos que debate no permiten una exhaustiva consideración de todos sus aspectos, pero procuraremos ofrecer a continuación a grandes rasgos las ideas principales que plantea Paula Jojima.

Tan afamado médico en su época como Francisco Vallés, Luis Mercado o el gran Dionisio Daza Chacón; tratadista político tan clarividente como Martín González de Cellorigo o Sancho de Moncada, el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, poeta a sus horas, encarna cabalmente aquel ideal del médico humanista [...] Curiosidad intelectual, conciencia de la dignidad de su profesión, caridad para con los pobres, y apasionado interés por los más diversos aspectos de la vida pública, se aúnan en él para evocarnos, a cuatro siglos casi de distancia, la figura de un hombre generoso, cuyo único empeño consistió en luchar contra los males que corroían el cuerpo de la república⁵.

Así presentaba Michel Cavillac en 1975 al autor del *Amparo de pobres* en su apreciada edición de la obra. El primer capítulo del libro de Jojima va a revelar una naturaleza humana muy diferente⁶. La autora se centra en dos

⁴ La finalidad de las cartas, pues, coincide con la del *Guzmán* de Alfarache, del que son «un manual de lectura», p. 163; también: pp. 211, 282, *passim*. Pero es cierto que muchas veces parece incurrir en petición de principio al utilizar la obra literaria como clave hermenéutica de las cartas; e incluso lo desliza explícitamente: «la novela es guía que facilita la comprensión del sentido de la carta» (p. 203).

⁵ M. Cavillac, «Introducción» a C. Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, p. IX.

⁶ «Mi estudio —proclama Jojima— propone la deconstrucción del mito de Herrera como reformador ejemplar y víctima olvidada de la ingratitud oficial, y la exhumación del otro

planos: su trayectoria como médico y su relación con Mateo Alemán y Rodrigo Vázquez de Arce, como base de su preocupación por la reforma de la beneficencia. En ninguno de ellos sale bien parado el doctor. En su carrera, Jojima ve más sombras que luces, un ascenso a protomédico nada merecido⁷ y un regreso como médico de Casa y Corte tras un turbio episodio de corrupción del que no sabemos muy bien cómo salió indemne. El cargo, por cierto, no parece un ascenso y se sabe que no logra la remuneración que le corresponde puesto que la reclama varias veces. Además, nunca obtuvo según la autora el reconocimiento de sus colegas ni como autor de opúsculos médicos ni como profesional.

A Alemán debió de conocerlo en el barrio de San Martín. Constan documentos que los vinculan en algún arrendamiento y en la compra de una casa donde residirá el médico; quizá coincidieran antes en el momento del aprieto de Pérez de Herrera por un fraude en los bastimentos destinados a la provisión del bizcocho para los galeotes del que solo él fue dado por libre entre los oficiales y que acabó con su carrera de protomédico⁸, cuestión crucial sobre la que volveremos más adelante. El barrio contaba con un programa de asistencia desde 1594 asociado a la Hermandad de la Misericordia, donde «Alemán y su entorno eran cofrades», que lleva el Hospital de la Concepción. Eran discípulos de Giginta, que perseguía una reforma laica, apoyado por Pazos y como protegido del cardenal Quiroga. A Vázquez de Arce lo había conocido Pérez de Herrera en Lisboa años atrás. Sin entrar en pormenores, a la muerte de Quiroga, y por intereses políticos que se hace largo matizar, pero que se reducen a su intento de mantener la preeminencia del Consejo Real de Castilla, que veía amenazada, Arce retoma el problema del amparo de pobres y se lo encarga al doctor. Jojima entiende que no es la persona idónea: se trata de un neófito y carece de las letras necesarias; pero cuenta con su confianza y, como testaferro del presidente, engendrará un plagio adulterado que será tomado por Alemán como traición a su proyecto y al del barrio de San Martín.

Herrera, figura enigmática y “sujeto” o tema del “pícaro” inmortalizado por Mateo Alemán» (p. 329). Ya había adelantado sus ideas en algunos trabajos publicados con anterioridad. Nos referimos sobre todo a «*El Guzmán de Alfarache: en favor o en contra de Pérez de Herrera y su Amparo de pobres*», en *Felipe II (1527-1598) Europa y la monarquía católica*, 1998, pp. 327-346 y «Aproximación a un intento de identificación del misterioso interlocutor de Mateo Alemán», *Memoria de la palabra: Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, vol. 2, 2004, pp. 1083-1092.

⁷ El mentor de Herrera es el protomédico Diego de Olivares, figura controvertida y corrupta (ver p. 184). Para la opinión que merece a otros médicos, véase el apéndice I al capítulo primero (p. 112 y ss.)

⁸ Que fuera el único que salió libre es indicio de su culpabilidad para Jojima. Michel Cavillac, por su parte, se pregunta si la comisión de Alemán a Cartagena tiene que ver con el asunto de las visitas a galeras (*op. cit.*, pp. 30-31). El editor lo presenta de otra manera: «unidos por un mismo afán de justicia, trabarían o renovarían por esta fecha una amistad que no hará sino afirmarse con el paso del tiempo». No se entiende bien que Mateo Alemán, en quien Jojima parece apreciar gran rectitud —incluso en las razones por las que dejó la Contaduría, una experiencia epifánica tras su investigación de las minas de Almadén—, conociera el carácter corrupto de Pérez de Herrera y lo acogiera en su corazón como amigo alrededor de cuya traición gire el resto de su escritura y de su vida.

Los dos capítulos que siguen versan uno sobre cada una de las cartas del mes de octubre, que analiza la autora frase a frase y palabra por palabra. «Las escribió de tal modo —asegura Jojima— que la primera podía ser tomada como homenaje a Herrera, reformador oficial, y la segunda como testimonio de amistad, como de hecho ha sucedido hasta hoy» (p. 283). «Protegidas por un ampuloso camuflaje retórico», se inscriben en un clima de opinión contrario al médico, que se deja sentir en escritos de Vallés, de Barros y de otros.

Así, el segundo capítulo del libro se refiere a la primera carta, del día 2, cuyo tema básico es la reforma de la beneficencia; recordemos que Cristóbal Pérez de Herrera escribirá el *Amparo de pobres* y que su nombre se asociará para siempre al de Vázquez de Arce en la piedra fundacional del Albergue de Pobres de Madrid, en 1596. El desarrollo de la misiva se contrasta permanentemente con la primera parte del *Guzmán*. «Su entusiasmo epistolar —aduce la autora para abordar una interpretación alternativa— produce la impresión de tener por finalidad refrendar la esencia misma de un programa reformador, al parecer ya perfecto, concebido y ejecutado por un reformador asimismo perfecto, quien además y por encima de todo era el amigo más entrañable de Alemán. Sin embargo, el atenerse a ese nivel de lectura representa un error interpretativo» (p. 160). Aquí, Alemán encarna el sentir colectivo y actúa como una especie de autoproclamado portavoz del grupo de San Martín para denunciar el trabajo de Herrera, «sistema forjado con ideas ajenas que, una vez adulteradas, este había utilizado como pilares de su propio edificio» pues «por motivos mercenarios», intentaba presentar como un programa caritativo de amparo al necesitado lo que en realidad era un programa represor (pp. 174 y 175), que persigue acabar con los mendigos en lugar de reglamentar la limosna⁹. Cristóbal Pérez de Herrera, lejos del altruismo, usurpa la limosna del pobre verdadero (pp. 176 y 177) es un «falso pobre de espíritu», que «actuaba no como San Francisco, sino “como un San Francisco y otros que le imitaron”; es decir, como un falsario que se hacía pasar por santo» (p. 191) y a quien Jojima termina identificando con Judas, ladrón de la limosna de los pobres y máximo traidor.

Como se puede observar, en opinión de Jojima se trata de un choque entre dos visiones de un mismo problema en que para Alemán prima la caridad como imperativo moral supremo¹⁰, dentro de una concepción compasiva del pobre que no admite distinguos ni ha de someterse a control o examen. La postura del sevillano no es reformadora, como la de Herrera, sino asistencial; busca el remedio, y no el amparo (p. 219)¹¹.

⁹ Véase la nota 140 de este primer capítulo, en que trata de esta crítica de Francisco de Vallés a Arce y Herrera.

¹⁰ Véase *Guzmán de Alfarache* I, iii, 6 y San Mateo, 25.

¹¹ La construcción del modelo asistencial de Alemán se basa por un lado en una obra de ficción en que el narrador no es fiable y que por naturaleza expone un contramodelo. También se apoya en la carta de 2 de octubre, que parte de la convicción de que no distingue, como Herrera, entre pobres verdaderos y pobres fingidos, sino que ofrece las categorías de pobres, todos verdaderos, y «los fingidos» (p. 219 y ss.), que no son necesariamente pobres, contra los que nos previene y entre los que se cuenta Pérez de Herrera, junto a Arce. Para finalizar, cuando las palabras de la epístola no dan opción a una interpretación literal, Jojima afirma que Alemán —o Barros, en otro momento— son paródicos

El tercer capítulo se refiere a la amistad traicionada, cuestión que se desarrolla en la carta de 16 de octubre y se correlaciona con el núcleo argumental de la segunda parte del *Guzmán*, que se cierra con la muerte de Soto tras la delación de Guzmán. Se trata, en este caso, de un ajuste de cuentas, de una crítica personal del hombre, no de su obra, que puede deberse a que lo responsabilice de la paralización del proceso de obtención de tasa para su primera parte del *Guzmán*, dependiente del Consejo que preside Arce, y que no logrará hasta que este caiga en desgracia. En la novela Jojima observa un eficaz contramodelo del *Amparo de pobres*, que pesará mucho incluso manuscrito en que se frustre la reforma (vid. nota 9, p. 283), pero sobre todo por la deslealtad en el doble plano personal e ideológico de que se considera víctima. Ese «amigo máximo» con el que se dirige a Pérez de Herrera va contra la deseable igualdad de los amigos, esa amistad ejemplar y clásica que convierte a Alonso de Barros en «otro yo» de Alemán¹².

El libro se cierra con un estudio de la obra de Alemán que recapitula los argumentos que se han ido sembrando en otros lugares para dotar al lector de una visión de conjunto e ir un paso más allá: toda la obra de Alemán es una respuesta a la traición de Herrera desde el primer *Guzmán*, hasta el punto de que también los diversos paratextos se subordinan a su primordial interlocución. Herrera es, de ese modo, el destinatario de las cartas de 1597, el curioso lector de los preliminares de la novela, pero también el vulgo (p. 359), aquel a quien se destina la temática asistencial de la primera parte del *Guzmán*, y el propio pícaro, «sujeto» o tema de este libro, por su conducta personal. Es también el lector modelo del *San Antonio de Padua*¹³ y a él remite la *Ortografía castellana*.

Es evidente que *Guzmán de Alfarache* tiene un componente biográfico de fondo. No lo es tanto que la poética historia se resuelva en historia. Así es para Jojima, sin embargo, que piensa que «a través de la tenebrosa aparición de la figura de Soto y su subsiguiente traición el autor consigue asimismo recrear por analogía la pesquisa histórica a bordo de las galeras, a la que el protomédico Herrera había sido sometido alrededor de 1591, y reabrir subrepticamente un juicio en el que Herrera, único entre los otros oficiales imputados, había sido “dado por libre”» (p. 334); Alemán, con su veredicto en la novela cambia el signo de la sentencia.

o, un paso más allá, que incorporan a su discurso la voz de Cristóbal Pérez de Herrera, problema interpretativo que la propia autora reconoce y que puede erosionar su posición (p. 241). De hecho, alguno de estos pasajes ha sido aducido por Cavillac para sostener que la postura de Alemán era más radical que la de Herrera, quien se había visto obligado a atemperarla por el carácter público de su propuesta.

¹² «La verdadera amistad consiste en una igualdad y tal que tú y yo seamos una misma cosa y cada individuo medio del otro», dice Alemán en la epístola. No vemos tanta diferencia entre este pasaje y el «otro yo» del prólogo a los *Proverbios morales* de Barros. Y nos cuesta interpretar la expresión «amigo máximo» en sentido paródico en el contexto de la carta. Por otra parte, se echan en falta el contraste con el «Discurso y definición del privado», de Barros y con el referente básico en el tema, que es Aristóteles.

¹³ Y además, al igual que aparece la figura de Herrera tras los personajes del *Guzmán*, «disimulada tras la hagiografía del santo verdadero y en un registro paralelo al de la principal línea narrativa, Alemán estaba simultáneamente narrando la biografía de su fingido intercesor, Herrera, quien se hacía pasar por santo» (p. 329).

El paso de la autobiografía a la biografía en la tercera parte del pícaro [*i. e. San Antonio de Padua*] por la separación entre el autor y el sujeto marca «un inicio al proceso de liberación anímica de Mateo Alemán respecto al trauma causado por la traición de Herrera» (p. 335) tras la muerte catártica de Soto¹⁴. La identificación de Herrera con Soto, el verdadero pícaro, y su crucial escisión de Guzmán (ahora sí Mateo Alemán, camino de su redención), no es sino la última de una serie de correlaciones que la autora encuentra en las obras de Alemán, pues parte de la premisa de que en el «vaivén histórico-poético entre carta y novela» hallamos «un fanal de mutua iluminación» (p. 201), en el que «mediante un sutil mecanismo de deslizamiento intertextual, las cartas funden los planos histórico y poético, invitando a considerarlos como un todo indivisible, como una narración única expresada en registros diferenciados» (p. 329). La ruptura del pacto de ficción le permite identificar a Pérez de Herrera y su vínculo con Arce en diversos momentos con al menos los siguientes personajes de la obra: el padre putativo de Guzmán se enlaza con Antonio Pérez (un pícaro, en el fondo), de cuyo proceso se ocupó Arce, mencionando los pajecillos que tanto le gustaban, de paso; Guzmán (Pérez de Herrera) se debe al embajador y al cardenal (Vázquez de Arce) en los momentos de la novela en que se reproduce un vínculo clientelar como el que existe entre los personajes históricos, que se asimila también al de la madre de Guzmán y el caballero protector. Además, la relación entre Guzmán y el embajador da que hablar y el muchacho parece uno de los pajes pulidetes que gustaban a Antonio Pérez, en un eco del proceso que se seguirá contra su padre¹⁵. Por otra parte, Guzmán (ahora Mateo Alemán) da la réplica a los contenidos del *Amparo de pobres* y plantea una visión del problema radicalmente diferente¹⁶.

Jojima está segura de que «habría que descartar el que Alemán se hubiese limitado en su obra a solo retratar la vida y obras de un personaje ficcional». Ella piensa que está «describiendo a alguien contemporáneo y conocido», a Herrera (pp. 378-379). Y lo hace por medio de esas sucesivas unificaciones. Pero a veces, la identificación es discutible o los argumentos que emplea para sostenerla se quiebran de sutiles o resultan demasiado gruesos. Por ejemplo, del mismo modo que Guzmán es precursor de Soto, el pícaro por excelencia, que debería ser ejecutado el día de San Juan, del mismo modo que la novela picaresca es precursora de la vida del santo de Padua, Alemán será el precursor de las obras de Herrera (p. 311, p. 316), tanto como Juan el Bautista lo fue de Cristo, de quien el nombre del médico

¹⁴ Catarsis personal y venganza colectiva, de los pobres: «Tras la desaparición de Soto, trasunto de Herrera, los pobres como grupo genérico, Guzmán de Alfarache y el propio autor quedaron anímicamente desherrados» (pp. 433-434).

¹⁵ Alude todo ello a un subtexto homoerótico (embajador, capitán, etc...) donde «no se puede descartar —asevera Jojima— que la relación entre Arce (viudo de 54 años, sin descendencia, de aspecto ascético y posición elevada muy comprometida) y Herrera (joven de entre 22 y 24 años, sin ocupación designada, y frecuentador de los ambientes cortesanos) se hubiese prestado a conjeturas en ciertos círculos iniciados en el momento de su encuentro en Lisboa c. 1580» (p. 136)

¹⁶ «Por medio del testimonio de Guzmán, Alemán refuta la validez del discurso de Herrera» (p. 205).

es anagrama por suscitarse etimológicamente en él¹⁷. Y dado que la obra del santo es de inspiración divina, el todopoderoso Vázquez de Arce encarna al mismísimo Dios.

Pondré un ejemplo más: Jojima identifica en varios momentos de su discurso a Pérez de Herrera como Ozmín (p. e., en nota 57, p. 381). Para ello, primero hay que aceptar que la hagiografía de San Antonio de Padua se refiere biográficamente a Herrera. A partir de ahí, se consagra la fusión mediante «el eslabón onomástico entre la novela y la hagiografía [que] es el nombre de Fernando, elegido en su bautizo por Ozmín —personaje que a un registro metanarrativo evocaba la figura de Herrera— y dado en la pila bautismal al futuro santo, quien más tarde lo cambiará por Antonio, su nombre de religión» (p. 439)¹⁸. Nada importa, parece ser, que Ozmín lo tome por el rey católico. O que el nombre de San Antonio fuera Hernando. El hilo lógico conduce a que si Ozmín es Herrera, Arce debe ser Daraja (p. 39) y la boda de ambos representa su unión en la fundación del Albergue de Pobres.

En ocasiones los tópicos o lugares comunes se leen en su literalidad y sobre ellos descansa una argumentación de mayor calado. Es muy importante para Jojima subrayar el carácter de impostor de Pérez de Herrera, que culmina en la asunción de funciones que no le corresponden y le llevan a traicionar los principios de Alemán, equiparándolo a un pícaro, que se ocupa siempre de lo ajeno. Pues bien, para Jojima la crítica de Alemán contra la relación entre juez y escribano apunta a la colaboración entre Herrera y Arce, ya que le fue concedida la escribanía mayor de rentas de Toro y su partido careciendo de méritos para ello y siendo completamente ajena al desempeño de la medicina (p. 128). No creo que se trate de una crítica individualizada. Por lo demás, Pérez de Herrera es un pretensor en la corte. Escribe una relación y realiza solicitudes varias, como tantos otros. Unas se conceden y otras no. También Alonso de Barros, por quien parece mostrar cierta simpatía Jojima, era un oficial que escribió algunos memoriales y obtuvo también una escribanía mayor de rentas, la de la merindad de Santo Domingo de Silos, en la que nunca llegó a ocuparse, pero cuyos gajes cobró escrupulosamente. También escribió algunos libros, como el advenedizo Mateo Alemán de la primera parte del *Guzmán*, tan lejos de su antiguo puesto de contador.

En este mismo sentido, es impostor en cuanto intruso en tareas ajenas a su campo profesional, por lo que conviene excusarse. Sin embargo, en la captación de benevolencia de los exordios es un lugar común remitirse a un discreto lector o sabio que «enmiende y corrija los errores», no porque el autor deplora lo que ofrece, sino a manera de tópico de humildad. Que aparezca en obras distintas no es extraño. Por eso es un tópico. Por tanto,

¹⁷ Llamó la atención sobre la simbología de Juan el Bautista en la obra M. Cavillac, en otros términos y con muy diferente finalidad. Michel Cavillac, «La figura de San Juan Bautista en el *Guzmán de Alfarache*», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 33, vol. 2, 2003, pp. 131-163. Ahora en *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*, Casa de Velázquez, 2010.

¹⁸ Las pistas de este género aparecen en varios lugares del libro; le llevan a afirmar que coincidencia de las iniciales del Antonio de Padua con *Amparo de pobres* es pretendida; que la muerte del santo portugués ocurre en Arcela, que invoca a Arce; cualquier utilización de la palabra 'amparo' tanto en Alemán como en otros autores de su círculo implica también una referencia a Herrera.

que lo use Herrera en el *Amparo de pobres* y, por ejemplo, aparezca en los preliminares de la *Ortografía castellana* no supone la existencia de una referencia intertextual directa de donde se infiera que esta obra sea «continuación de la trilogía del pícaro y de sus temas formando con ellas una suerte de tetralogía en la que Alemán seguía enmendando y corrigiendo las obras de Herrera» (p. 337; también, pp. 451-452). A lo que añade Jojima un argumento peregrino: la razón de la eliminación de la *Ch* y de la *r* en la propuesta alemaniana, las dos primeras letras del nombre de Christóbal, «podía ser entendida como la expulsión simbólica de Cristóbal Pérez de Herrera del mundo de las letras» (p. 337) «como si se tratase de una letra impostora que evocara a un falso pobre o a un falso reformador y falso amigo, la *ch*, a la que llama “mala letra”, debe ser sustituida por “sola una *i* verdadera letra”» (p. 338).

Este manejo literal de los tópicos para asentar una hipótesis aparece también en el caso siguiente. Dice Alemán: «con razón el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor». Jojima opina que está hablando, no en general, sino de su libro, en concreto, y que la consecuencia es literal. El libro, que critica a Herrera, es mejor amigo que el mismo Herrera, la persona. La propia autora observa en alguna ocasión la dificultad del empleo literal de un lugar común y matiza, por ejemplo, el hecho de que considera que la crítica tópica a los médicos del *Guzmán* se transforma de inmediato en ataques contra su antiguo amigo, pues «dado el tenor general de la obra va más allá del tópico y podría tratarse de un dardo más en dirección del médico Herrera» (nota 143, pp. 220-221).

En conclusión, aunque el libro presenta algunas buenas intuiciones, aporta la imbricación de la historia en los textos y exige la reflexión de aspectos demasiado bien asentados, lejos del debate actual, aunque propone soluciones plausibles a problemas complejos, nos parece que lleva muy lejos la realidad de la ficción en términos de historia. El empleo literal de los tópicos que tejen redes intertextuales o los no muy convincentes argumentos onomásticos inciden sobre la solidez de la hipótesis de la autora. Aducir la yuxtaposición de varias voces de signo contrario en los textos clave, también dificulta la asunción de la lectura paródica planteada en origen. Para finalizar, la propuesta adolece de cierto maniqueísmo simplificador en el tratamiento de los dos autores, aunque tiene la virtud de alejar a Pérez de Herrera de su mito.